

afloando por el suelo donde estuvo y torpe ha de ser quien la habitara antes y no la sienta de quejarse ni la vea en el estado que la conoció.

Se tira la casa, pero aquella cocina con lumbre de cepas donde la mujer hacendosa tenía los pucheros siempre a punto, ¿quien la olvida?. ¿Y como no recordar aquella sogá de longaniza puesta a secar y los jamones y paletillas oreándose en las paredes con el calor del fuego?. ¿Y la tristeza del año que el pedrisco se llevaba la cosecha a punto de recogerla y no había gorrino?. ¿Como no recordar aquella cameja donde se pasaron las calenturas a fuerza de quinina que según Hilario el Repretao amargaba mas que el tuero? ¿Y aquel frío tan helado que daba miedo levantarse y se estaba tiritando, dando diente con diente, hasta que la madre echaba un hacho?. ¿Y lo fresquito de los pepinos y tomates en el sotanillo del hueco de la escalera, flotando en el cubo de agua recién sacado del pozo, alrededor del cuello del jarro del vino?. Las cuadrejas en que se escondía uno cuando le iban a dar la preceptiva agua de Carabaña, ¿quien las puede olvidar?. Ni el sitio donde se resguardaba el cajoncillo de las estampas y el cartapacio de la escuela. Y la desolación de la casa al llevarse a la madre muerta, ¿cómo se borra esta pena?.

Todas las cosas del pueblo de uno, donde jugó, donde tropezó, donde cayó, tienen algo propiamente suyo y cuando las quitan se llevan una parte de su vida que no se recupera jamás, pero que no se puede olvidar y siempre se recuerda su emplazamiento que sirve de referencia por mucho tiempo, el lugar donde estuvo el Pósito, el Ayuntamiento, la fábrica del Salitre, la era Alta, las piedras de Zamora, la Torrecilla, la Virgencilla de los Dolores, los Portales, las Pasaeras, La sastrería de Gude o la de Castor o la de Cepillo, la taberna de Federico o la del Siro, la de Pedro Advíncula, la de la Llana, la de Leña, la del Cielo; el Cartucho o el Hospitalillo. La esquina del Chache, la del Cabezón o la de José Pastor, la fragua de Fachano, el Corral de Cañizares, el estanco del Ciego, y el de la plaza, la carretería de Cosme o la escuela del Señor Bernardo. La Barbería de Doroteo o de Sardineta, el horno de Juanaco, el de Pachurro o la tienda de Medicina, la del Rulo o la del Cuco.

Cuántos recuerdos de los que no queda más que el sitio, pero que a menudo brotan en las conversaciones de los que pudieron vivirlos y sirven a sus pensamientos como si estuvieran en su lugar.

—¿Por quien pregunta?, dice uno en la plaza. ¡Ah!, Recalco mas allá del bizco Sábana.

Y a ver quien le da otras señas mas exactas y mas conocidas de todo el mundo. En el Cristo le preguntan a Juan Marica por Eusebio el Perrero y dice:

—Enfrentico de Malagueña, orilla d'en cá Canana; va usted por allí, tuerce a la izquierda, baja y al llegar a una plaza en la primera bocacalle pregunta.

—¡Ah!; Chicharrillas, en la otra calle; antes de llegar en cá la Chata Oliva.